Marceliano Santa María en el centenario de su nacimiento

A Marceliano Santa María le conocí desde mis años niños, debido a la gran amistad que tenía con mi tío Luis Gallardo. Yo siempre le llamaba con mucho respeto don Marceliano. Se me quedaron muy grabados en la memoria, y eso que la mía es bastante deficiente, dichos o anécdotas del maestro, de esos que tienen ya por sí una fuerza evocadora. Nos contaba que un viejo judío de Burgos, que vivió, creo que en el siglo XV, Pablo de Santa María y del cual don Marceliano, se consideraba con toda seguridad descendiente, presumía a su vez provenir por línea directa de los hebreos del tiempo de Jesucristo y afirmaba que era primo de la Virgen. Otras veces nos habló de la platería que su padre D. Luciano tenía en la calle de la Paloma, y recordaba haber oído decir de alguno de sus abuelos, que a usanza de ciertos judíos españoles de la Edad Media, llevaban un pendiente en la oreja izquierda. Si su padre tuvo el taller en la burgalesísima calle de la Paloma, donde había otras cinco platerías más, muchas de ellas casi exclusivamente al servicio del gran tesoro de la catedral, D. Marceliano había nacido en otra casa, no menos burgalesa, de la calle de la Calera con portada de estilo plateresco del siglo XVI, que actualmente va a ser derribada.

Simultaneando los años de bachillerato, Marceliano Santa María acudía también a la academia de dibujo del edificio conocido aún por el «Consulado» donde enseñaba a dibujar Evaristo Barrio.

Por entonces moría Rosales, legándonos sus magníficos cuadros de historia. Serafín Avendaño y otros muchos pintores célebres de aquellos años, gustaban sobre todo de los cuadros anecdóticos. El pintor belga Carlos Haes, que se había establecido definitivamente en España era un virtuoso de paisajes románticos, muy admirados entonces, con factura

muy clásica y academicista. Durante bastantes años iba a seguirse en España todavía esa tendencia por lo que Santa María acometería sus primeros trabajos con cuadros de anécdotas y ds historia. De hecho casi siempre la pintura había tenido mucho; y era lógico que asi fuese, de ilustración literaria. Precisamente aqui en Burgos, coincidiendo casi con el nacimiento del maestro, el gran Gustavo Doré se entusiasmaba dibujando a los pobres de solemnidad de nuestra Ciudad que debian ser legión, asi como las escenas del mercado del piojo o de la liendre que se celebraban en la Llana de Adentro y que tanto habían herido la retina del artista galo.

De todas formas había un ambiente estrecho en el campo del arte pictórico de enseñanza demasiado disciplinada. Era un academicismo muy marcado que se habia separado un tanto de la manera más libre y de mayor valentía con que pocos años antes hubo terminado el ciclo de Goya. Se idolatraba a Rafael y se ignoraban o no se consideraban demasiado los valores puramente de luz y de color de las modernas escuelas francesas que tímidamente levantaban entonces la cabeza.

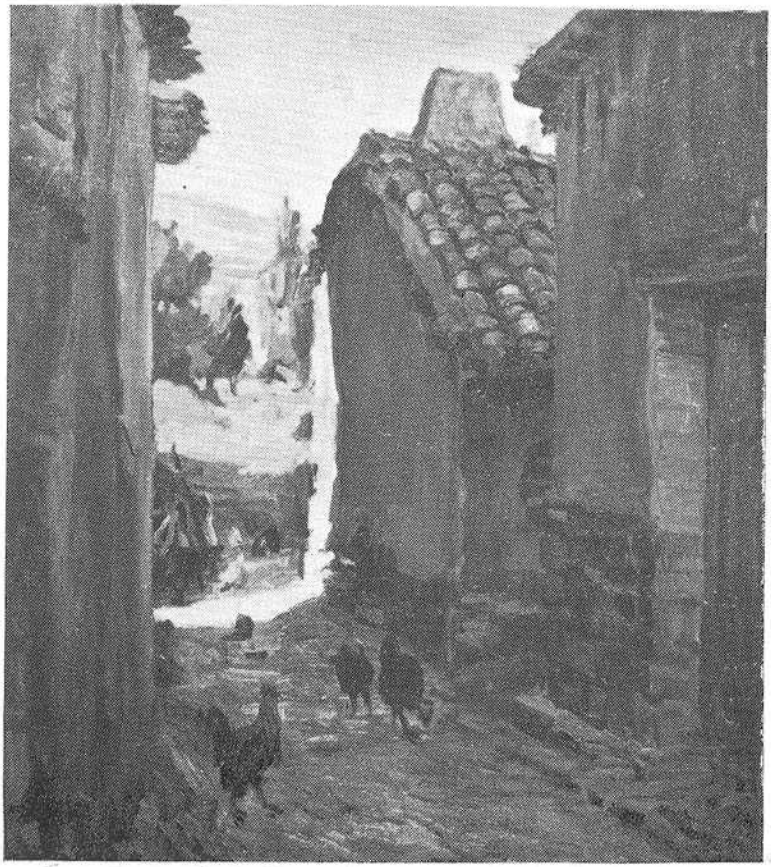
Es bajo esa atmósfera donde Santa María encarriló sus primeros trabajos. Pensionado en Roma, no había terminado todavía el siglo cuando crea un cuadro de proporcionas y dificultades grandes; «El triunfo de la Santa Cruz». Yo le había oído que un sólo modelo de raza de color le sirvió para toda la composición de la cadena de esclavos negros que defendían el campamento de Miramamolín, y que acudía también a un crematorio para tomar bocetos de caballos que iban a ser sacrificados, estudiando profundamente su anatomía. Uno de aquellos animales que pareció su modelo predilecto, el caballo blanco del cuadro, siguió pintándole varios días después de haberle apuntillado en aquel improvisado estudio. Por ser verano se descompuso produciendo un olor insoportable llenándose el recinto de moscas verdes y pegajosas. Ese cuadro obtuvo una segunda medalla en la exposición nacional de 1898. Como sabemos es propiedad de la Diputación Burgalesa que pensionó al artista.

Marceliano se puso en Roma en contacto con otras tendencias renovodoras que en aquellos momentos no se aceptaban como muy ortodoxas para el ascenso de una carrera segura con triunfos escalonados, pero que no cabe duda que sin proponérselo infundieron en Santa María cierta fuerza plástica y expresiva muy lejos de amaneramientos tan corrientes en algunos cuadros de historia. Había de seguir otro lienzo de un tema cidiano; «Se va ensanchando Castilla», que hoy día orna la escalera de nuestra Casa Consistorial. En esta composición, ya no sólo los héroes los que hacen vibrar la imaginación del pintor. Aqui el artista descubre por primera vez las tierras de Burgos y resuelve de una manera originalisima

MARCELIANO SANTAMARIA SEDANO

18 de Junio de 1866

† 12 de octubre de 1952



Callejón sombrío

en perspectiva alta, desde un castillo, la visión de la meseta, los accidentes de su llanura y el color amarillento de sus rastrojos y parvas estivales. La tercera de sus grandes composiciones, «El esquileo» es la luz propia de Castilla, la verdadera luz real la que triunfa en este cuadro, y como apuntaron muchos años después algunos de sus mejores críticos es el lienzo que explica toda la creación y enorme éxito de sus paisajes posteriores que no habrían de surgir hasta los años veintes y treintas.

Era dificilísimo triunfar en la época de Marceliano Santa María. En primer lugar no se solían considerar improvisaciones más o menos geniales y toda obra era fruto de un largo proceso de trabajo. Coincide además con el reinado de Alfonso XIII, donde simultáneamente aparece una pléyade de grandes maestros que trabajaban de firme, y que convivieron en aquellos ambientes de lucha con el pintor burgalés. En efecto, tras de cierto estancamiento o agrisamiento del último tercio del siglo XIX, excesivamente academicista, surge un renacer de grandes maestros contemporáneos, de marcada personalidad: Un Sorolla, un Pradilla, un Zuloaga, un Benedicto, un Chicharro entre otros, o aquellos puramente paisajistas como Beruette o Regoyos, artistas estos dos últimos que cultivaban la pintura por puro placer, con medios propios económicos suficientes para tabajar sin depender de ningún servilismo.

Santa María triunfa en esas circunstancias de renacimiento contemporáneo, sin apartarse. sin embargo, de lo que resultaba todavía discreto. Así fueron produciéndose sus grandes lienzos de composición y retratos, de calidades muy destacadas. Pero su verdadera cumbre no se alcanzará hasta el año 1933, en una exposición de otoño, en una simple sala de paisajes de Castilla, junto a otra sala de extraordinario valor consagrada a Romero de Torres. El éxito es casi popular, de una espontaneidad extraordinaria, de una unanimidad de crítica de los matices más contrarios en el campo del periodismo. La pintura española había sabido interpretar de una manera original los valores ambientales del paisaje burgalés, donde se resume una Castilla no del todo esteparia, sino una Castilla con reflejos de agua, con alcores amables, con lejanías íntimas y acojedoras vistas, e interpretadas de una manera espontánea, sin profundizar en valores anecdóticos de un puro paisaje o valores sicológicos del paisanaje, con la inspiración del paisaje burgalés sentido a la manera de un profeta (frase que oí muchas veces a Santa María), que capta rápidamente, taquigráficamente, la extraña enseñanza de una luz superior, esta luz admirable y difícil de Castilla, tratada de una manera etérea con un mínimo de plasticidad, con fugacidad instantánea, en una especie de síntesis de dos horas de observación, donde se expresa y recoge un mundo en el solo instante de unas pinceladas. Así como la escuela impresionista francesa había conse-

guido esa misma expresión en el color, Santa María trataba de crear otra escuela de valores ambientales puramente luminosos, con una vibración acertada de colorido, del que no se aparta, pero que no es lo esencial en sus cuadros. Es precisamente cuando pretende resaltar con preferencia efectos de color, cuando sus paisajes resultan menos acertados, porque su verdadera originalidad está, como repito, en conseguir el valor expresivo de una luz viva, como aquel Zohar o luz mística propia de sus antepasados israelitas en Castilla.

Desde mis años mozos acompañaba muchas tardes a Santa María y a mi tío Luis Gallardo, que también, bajo un personalismo de gran vigor, como era su carácter, fue otro buen pintor de la tierra burgalesa. Solían pintar juntos con bastante frecuencia. Sin poder entonces explicarme, me entusiasmaba en don Marceliano esa fuga ambiental de sus lienzos, que al compararlos yo con la realidad, no era precisamente, ni mucho menos, la representación de lo que tenía enfrente, pero sí terminaba por apreciar una «super-realidad» que no es lo que ahora llamamos super realismo, sino la verdad ambiental desnuda, efecto de dos horas de exaltación de luz natural que tenía delante, única inspiradora de su pintura.

Santa María poseía, claro es, suficientes recursos, experiencia y técnica para, más o menos inspirados en el natural, haber conseguido buenos paisajes dentro de su taller pero eso no iba con su carácter. Era poco cerebral. Su alma extraordinariamente extravertida, comunicativa hasta la emoción, delataba todo su modo de ser, franco y claro como la luz que le envolvía. Tenía una frase favorita que a mí me quedó muy grabada: cuando se ponía, a veces en las peores condiciones de comodidad, delante de uno de esos temas difíciles de paisajes, en que a primera vista nada extraordinario se ve, sino tonalidades duras y contornos sin gracia, solía decir al maestro: No importa, hay que acercarse al toro, porque precisamente para eso el toro tiene cuernos. Las dos horas que duraba la sesión las sufría, a veces, pasando de un calor insoportable, ligeramente protegido por una débil sombrilla, a un viento Norte frío, casi huracanado, que pegaba partículas de polvo a la pasta de color oleaginosa del lienzo, o llevaba trozos de paja, o a veces, incluso, hacía volar el caballete, borrando parte del trabajo. No importaba. Esas circunstancias adversas espoleaban mejor el éxito final de la obra. Merced a ella aparecía más espontánea la verdad de su pintura; la verdad de la tierra burgaleaa de Castilla, de su consistencia a la vez tan sólida como la corteza desnuda de esa tierra y tan fugaz como el viento que azota la meseta, cambiando radicalmente en unos instantes el color y la temperatura.

Toda Castilla es un espejismo (decía el Padre benedictino Justo Pérez de Urbel, hablando de esa sala del Salón de Otoño de 1933, donde se

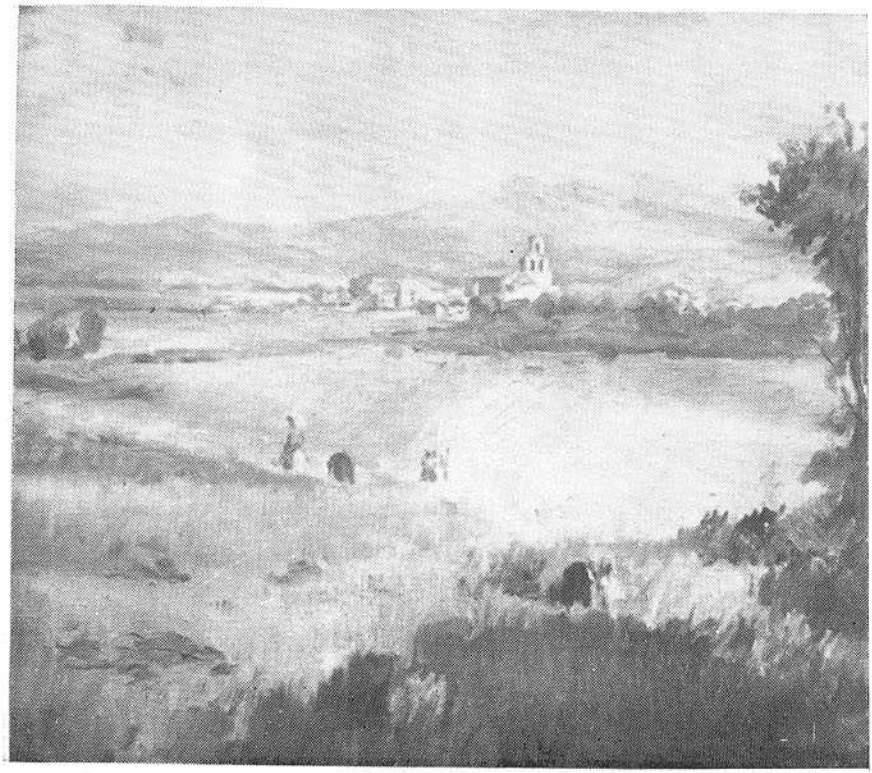
consagró el paisaje de Santa María), es un espejismo propio a desconfiar de las cosas. a dudar de la consistencia de las formas más sensibles, a dirigir el corazón como una flecha hacia la verdadera realidad. Castilla coincide con el Evangelio, al enseñar a sus hijos que la vida es un sueño.

Emiliano Aguilera, célebre crítico de aquella época, que escribía en un periódico de vanguardia en todos los sentidos, de grandes valores culturales, como era «El Socialista», dedicaba a la vista de esta exposición de otoño un artículo a don Marceliano, que tituló «Juventud en la vejez», y decía: «La luz no envejece, tiene la consistencia de la juventud. Hay una verdad lumínica en los paisajes de Santa María que no permitirá su envejecimiento».

Marceliano había ya ganado la medalla de honor, máximo galardón, un año antes que efectivamente se le concediesen en la exposición nacional de 1934. La había ganado en ese Salón de Otoño de 1933. Poco importaba ya el cuadro concreto a que se había de otorgar ese galardón, en lucha con colosos como Gutiérrez Solana, Saría Ahedo y Maiffren. Ese premio sólo podía ser el resumen de un historial y la creación de un estilo. El estilo fue el de sus paisajes burgaleses que habían quedado consagrados desde el año anterior. Santa María conjuga su libertad y espontaneidad (peor para aquellos que critican esa marcha) a una especie de ascenso de escalafón, de avance firme entre distinciones oficiales y trabajo de academias. ¿Y qué más da, cuando el resultado es bueno? Existe mucha más independencia en su pintura de lo que muchos pudieran suponer. Desde luego, fue mucho menos esclavo a esas técnicas convenidas de la mayoría de los pintores de estrema vanguardia que ellos mismos se crean, encadenándose dentro de sus moldes rígidos.

Las relaciones del maestro con la Academia de San Fernando, en la que fue admitido desde el año, si mal no recuerdo, 1911. le permitieron desenvolver más su carácter de hombre comunicativo y cordial a que antes nos referimos. Allí pudo, y de hecho conoció, a los más destacados valores en el mundo del arte. Antes de ser académico ya vivió con intensidad la época del comienzo del reinado de Alfonso XIII. Un día conoce al gran escultor Rodin, allá por el año 1905, que viene de Francia, y es don Marceliano uno de los encargados de recibirle y acompeñarle. De boca de Rodin oyó decir: Retorno a Francia con dos emociones felices en mi alma: Velázquez y las llanuras de Castilla. Otro día recibe en Burgos a Benito Pérez Galdós, y le enseña a comer cangrejos, manjar exquisito, que el gran literato parecía menospreciar.

Es nuestro pintor, a lo largo de los años. el encargado de contestar en la Academia a cinco o seis de los nuevos academicos. Habla con sentido sencillo y profundo Escribe con gran soltura. Recuerdo un artículo



CARDEÑA LA ALTA

(Pertenece al artículo del señor García Gallardo, sobre Marceliano Santamaría)

que dedicó a la «caldereta», comida serrana, verdadera receta de cocina condimentada con trozos de carne, que los concejos de la sierra comen democráticamente, comunalmente reunidos, en determinadas fiestas; plato que condimentaban los arrieros durante sus peregrinajes para vender madera transportada en lentas carretas de bueyes. Preparaban por las noches la caldereta en sus improvisados campamentos, cuando dando la espalda a los pinares se adentraban en las llanuras extensas de Castilla, llanuras parcas de verdor, pero interminables e infinitas, transparentes al espíritu como un país de ensueño, semejantes a una sonata sublime que le saturan de bellezas fantásticas e increibles.

Marceliano solía llegar a Burgos al final de las fiestas patronales, por lo general, pocos días después de su cumpleaños. Ya Madrid, por entonces habia sufrido algunos días de insoportable canícula. Venía deseoso de aire fresco. Derecho se encaminaba a su «estudio»; una casita baja con un recoleto jardín en la calle de Santa Clara, frente a la iglesia casi románica del convento de Franciscanas. Venia, como digo, ansioso de aire puro, y eso que todavía en la capital de España no se sufría, ni mucho menos, esa atmósfera tan pesada y sucia como en la que fatalmente va sumergiéndose estos últimos años. Recuerdo un verano en que apenas llegó, fuí yo a visitarle. Se había levantado a la caída de la tarde un viento Norte muy fresco. El pintor me recibió siempre acogedor y sonriente. Yo jamas le conocí enfadado. Abriendo la boca respiró hondamente. «Es el corregidor, es el corregidor.... del verano —exclamó— este vientecillo sublime de mi tierra». Esa frase no se me olvidaría nunca; en efecto, formaba como después pude darme cuenta, parte de la manera de hacer de su paisaje, de su aire de su luz fugaz donde no hay nada que pese. donde las tierras, los árboles y las lejanías, parecen corregirse con la fuerza del viento que los barre.

Si Santa María fue indiscutiblemente un gran pintor, sus calidades docentes aún se superaban. Como yo creo que lo dije en una ocasión, recordando la opinión de un crítico catalán, la pintura de este maestro había de dar lugar a una escuela, «la escuela burgalesa». Tiene como principio una enseñanza de sinceridad y pueden desarrollarse dentro de ella los más diversos derroteros del arte, incluso en sus matices más atrevidos. Está en todo caso llamada a fructificar en semillas que aún no se aprecian suficientemente, o que espera, una maduración de futuras generaciones siguientes.

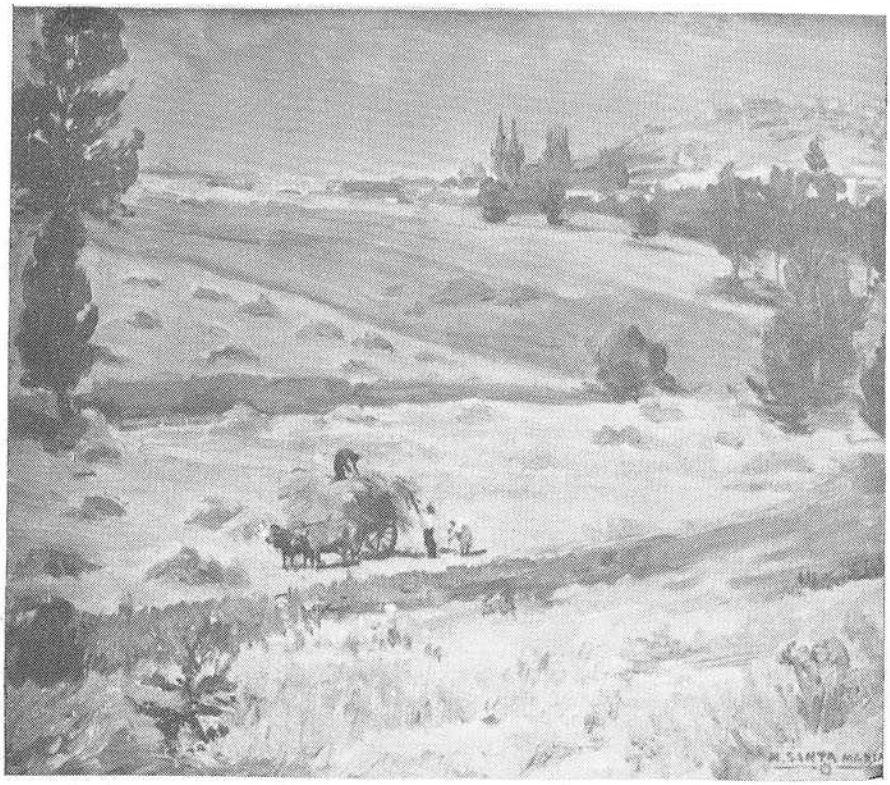
Burgos posee poca obra pictórica de don Marceliano, salvo los dos cuadros que la Diputación y el de la escalera del Ayuntamiento. Del paisaje se puede decir que la ciudad guarda poca cosa. Es siempre difícil ser profeta en su patria chica. Santa María vendió muchos cuadros en

Madrid, Barcelona y otras provincias, pero tuvo muy pocos clientes en Burgos, precisamente donde estaba la fuente de inspiración de sus paisajes. Un familiar suyo, su sobrino don Antonio Aran que conserva parte de este legado pictórico, no olvida el gran amor que siempre tuvo su tío hacia Burgos, y ha ofrecido esos lienzos al Estado español para formar el Museo Santa María en nuestra Ciudad, que ha acordado tenga su sede en una sala del viejo edificio, actualmente en restauración, del casi derribado convento de San Juan. Es verdad que la mayoría de esos deliciosos y valientes paisajes de su época cumbre, están distribuidos por el ámbito nacional y una buena parte del extranjero, pero aún quedan algunas bellas obras. Son paisajes netamente burgaleses, en todo el sentido de la palabra, producidos muy cerca de la ciudad: Riberas del Arlanzón, Campos de parvas o de rastrojos de un Burgos agrícola, entonces muy limitado, en los que suelen verse en el horizonte las torres góticas de la Catedral; cuadros con colinas, con fuentes, con regatos, pintados en Cotar, en Hurones, en Quintanadueñas, en San Medel; callejones donde juega una valiente armonía de sombras y luces de sol violento que hiere, fachadas de piedras doradas o de revocos agrietados en su rusticidad; yuntas de bueyes en torno a las parvas; gallinas, muchas gallinas de esas razas sabrosas y fuertes que van desapareciendo, picoteadoras en el basural, gallinas ibéricas vagabundas y anárquicas de nuestras viejas aldeas. En los cuadros del maestro resaltan esas aves como las notas bien colocadas de un extraño pentágrama.

Parece que fue ayer. Apenas sólo trece años han transcurrido desde la muete de don Marceliano; era ya muy anciano, pero todavía un mes antes de morir tenía optimismo y vigor. Cada tarde de aquel verano, el último verano de su vida, salía como siempre hacia el campo burgalés desde su estudio de la calle de Santa Clara. Su enfermedad fue cortísima; un ligero enfriamiento de comienzo de otoño, y su corazón robusto, pero que tantas emociones estéticas había experimentado, se extinguió dulcemente sin agonía ni dolor, deseoso de contemplar la experiencia de una luz aun más alta.

Cada vez que recorro o considero cualquier rincón de estos paisajes burgaleses, creo ver flotando, ingrávida, metamorfoseada en luz el alma de don Marceliano Santa María.

PROSPERO GARCIA GALLARDO



Paisaje de los alrededores de Burgos

(Corresponde al artículo de don Próspero García Gallardo)